

LA CIUDAD Y SUS COSAS

UN CENTENARIO

En un artículo publicado en el número extraordinario de la Fiesta Mayor del año 1933 en el semanario local — ya desaparecido — «La Costa Brava», y en el cual se trataba de las fuentes públicas de esta ciudad, al describir las de la Plaza de España (entonces «Plaza de la República») y la de la Plaza de San Pedro, se hacía en esta forma: «La fuente de la Plaza de la República, toda ella de piedra labrada, está integrada por una acera (que formaba peldaño antes de elevarse al nivel de la plaza), un amplio basamento, con las dos pilas, un cuerpo octagonal esbelto por su regular altura (con las espitas, y dos placas de mármol incrustadas) y sirviendo de pedestal a una esbelta columna acanalada, con base pero sin capitel; falta actualmente la terminación, o pináculo»

«En dos caras opuestas del prisma central octavado, hay como ya se ha dicho, lápidas de mármol, una de ellas con la inscripción:

A SUS COMPATRICIOS
D. FELIO CABARROCAS

y la otra, con el escudo de San Feliu de Guíxols, y debajo la fecha 1859.

«Exactamente igual que la que acabamos de describir, es la fuente de plazuela de San Pedro; tiene también las dos lápidas de mármol, una de ellas con la misma fecha y escudo, pero en la otra lápida la inscripción es la siguiente:

A SUS COMPATRICIOS
D. JOSE CARBÓ

como a pináculo tiene (en lo alto de la columna) una piña de arcilla cocida.»

* * *

Hasta aquí, lo que se escribió en 1933, en el citado artículo. Vamos a añadir ahora algunos comentarios breves:

Caso singular, digno, sin duda, de ser recordado y ensalzado, es el de que dos beneméritos guixolenses, al parecer procedentes de allende los mares, en estancia ya definitiva, o en viaje temporal, dediquen simultáneamente sendas fuentes «a sus compatriotas», de obra tan recia, y no de bagatela, ni de vulgar manufactura, o fundición (regalos de puro compromiso hechos solo para quedar bien y salir del paso) sino obras definitivas, de piedra labrada, de un trabajo excelente, con fino molduraje, de justas proporciones en todo su conjunto, es decir, de una tan admirable prestancia, de una tan noble monumentalidad, que en cualquier plaza pública de cualquier ciudad, aún en las de mucha mayor importancia que la nuestra, no harían ningún mal papel.

Este es el «centenario» que motiva el presente artículo: Fueron las referidas fuentes inauguradas en el año 1859.

¡Acaban de cumplir, pues, sus cien años!

Y aunque la trascendencia de este «centenario» podrá, tal vez, ser discutida o minimizada por algunos al querer compararlo con otras conmemoraciones posibles, de mayor relieve y de más elevada significación histórica, no creo tampoco que la cosa sea tan insignificante y desdeñable, para que no merezca fijarse en ella, y justifique el endeble trabajo de escribir estas líneas, y de publicarlás en «Ancora».

* * *

Estas dos importantes fuentes, tan centenarias como descalabradas, merecen, pues, que algo se haga por ellas; que se las atienda debidamente, que se las socorra en su actual abandono, que se las dignifique y destaque, para que propios y extraños puedan apreciarlas en su justo valor. Y también como estímulo, como muestra de gratitud, como correspondencia ciudadana con el gesto altruista y magnánimo de sus donantes. La fuente, digamos, de D. Felio Cabarrocas, estaba ya en el mismo estado que está ahora, y con las mismas mutilaciones, hace por lo menos 50 años.

En el año 1920 se proyectó su restauración, mejorándola en lo posible, sin apartarse en lo esencial de su primitiva forma. Pero tales ideas fueron pronto abandonadas, de la misma manera como se han abandonado otras muchas.

A la fuente de la Plaza de San Pedro, o sea la de D. José Carbó, no le han ido tan bien las cosas, desde que en el año 1932 fué publicado en «La Costa Brava» el artículo referido. Desde entonces han desaparecido su pináculo o remate en forma de piña, y sus dos lápidas de mármol laterales. De manera que en la actualidad, no constan en la misma ni el año en que fué construída, ni el nombre del Sr. Carbó, el cual no és ciertamente, merecedor de tan imperdonable olvido, y tan inexplicable desagradecimiento.

Juan Bordás Salellas.